

ala delta

Miguel MARTÍN
FERNÁNDEZ
DE VELASCO
PALADÍN



En la vida de Odax de Bernia —el hijo pequeño de un molinero— aparece una princesa... Pero se equivocará quien piense que Odax se casará con ella y será rey. «Paladín» no es un cuento de hadas sino una novela de tipo histórico, aunque ambientada en un lugar imaginario. Odax es un héroe algo especial, que no desea ni el poder ni la fama.

Miguel Martín Fernández de Velasco —*Premio Lazarillo de Literatura Infantil, Premio CCEI* y otros— nos hará disfrutar con escenas de caza, de costumbres y de combates.

*A mis sobrinas, en la seguridad de
que cada una encontrará su paladín.*

Índice de contenido

Cubierta

Paladín

Capítulo I. En el que se explica cómo era Bernia y quién era Odax.

Capítulo II. Aparece aquí un misterioso personaje cuya identidad se irá aclarando en capítulos sucesivos.

Capítulo III. En el que Odax sorprende a todos con una inesperada determinación.

Capítulo IV. En el que Odax se descubre a Gustav y vislumbra el misterio de la prima Clara.

Capítulo V. Aquí se narran la llegada de Odax a la ciudad sitiada y los sucesos que luego siguieron.

Capítulo VI. En el que se cuentan las preocupaciones y esfuerzos de la casa real de Verise por localizar al héroe de Sanfiz.

Capítulo VII. En el que se describe la ceremonia mediante la cual el pelirrojo de los Essen se convierte en caballero.

Capítulo VIII. Aquí se cuentan los apuros y trabajos del nuevo caballero para adaptarse a la vida cortesana.

Capítulo IX. En el que los caballeros riñen en el palenque el peligroso juego de las lanzas.

Capítulo X. En el que Odax vuelve a Bernia y asciende con el infante Carlos a los glaciares de la sierra.

Capítulo XI. En el que el Infante Carlos ofrece beberse un gran vaso de agua de la Fuente Amarga.

Capítulo I

En el que se explica cómo era Bernia y quién era Odax

BERNIA era la ciudad más meridional del reino de Verise. Se elevaba sobre un reducido rellano que flanqueaban las alborotadas aguas, blancas de espuma, del río Bern, al abrigo de un circo de altas montañas, cuyas laderas cubrían umbríos abetales y frondosos hayedos.

Las casas de Bernia ostentaban muros de piedra arenisca de color ocre rojizo, dócil de trabajar en la cantera, áspera al tacto y resistente a los elementos. Las cobijaban gráciles tejados de pizarra, con agudas pendientes, que remataban amplios y atrevidos aleros.

Muy poco por debajo del emplazamiento de la ciudad, el valle se ensanchaba en jugosas praderas y fértiles tierras de labor, ricas en humus, en las que los bernieses cultivaban trigo para su pan de cada día, cebada para su cerveza y avena para el pienso de sus ganados.

Los bernieses no eran ni ricos ni pobres. Habían de ganarse el sustento con el sudor de su frente, pero vivían sin agobios ni estrecheces. No había casa en que escasease el pan, ni hogar en que se escatimase la leña en los días de invierno, que eran largos y rigurosos por aquellas tierras.

Los bernieses eran de natural bondadoso y fáciles a la risa. Por menos de nada se vestían de gala, hacían correr la cerveza, asaban unos lechones o un novillo cebado y pre-

paraban una animada fiesta en la plaza Mayor o sobre los tupidos céspedes de las praderas del valle.

Con un poco de suerte por lo que a las condiciones atmosféricas se refiere, la fiesta podía prolongarse hasta bien amanecido el día siguiente, con lo que terminaban participando en ella incluso aquellos vecinos a quienes había retenido algún inaplazable trabajo.

De esta manera celebraban la fiesta de La Fusión de las Nieves —por lo general, antes de que realmente se hubieran fundido—, la de La Llegada de la Primavera, la de El Día Más Largo, la de La Hierba, la de Las Manzanas, las de Los Nomeolvides, la de La Cerveza, la de La Caída de la Hoja y la de La Llegada de las Nieves.

Todo ello, por supuesto, sin perjuicio de las festividades religiosas de relieve y de las privadas de cada gremio, con lo que los bernieses, que trabajaban concienzudamente doscientos cincuenta días al año, holgaban regocijadamente los ciento diez restantes.

Carecía Bernia, como decimos, de grandes riquezas y de buenos accesos, pues solamente se podía llegar a ella a través de empinados y tortuosos caminos de montaña, lo que la hacía poco tentadora para los invasores. Pese a ello, Bernia parecía fortaleza sin serlo o, acaso, fuese fortaleza sin parecerlo. Las casas que formaban el perímetro exterior, todas ellas de tres plantas —abuhardillada la más alta—, carecían de ventanas, puertas u otros huecos abiertos al campo, y se adosaban unas a otras sin el menor resquicio. Las dos únicas puertas de la ciudad —una al norte, de cara a las montañas; la otra al sur, orientada hacia el valle— habían sido herradas con gruesas planchas y aseguradas con fortísimos clavos. Las protegían, además, profundos fosos, que sendos ramales del río Bern mantenían rebosantes de agua, y que habían de salvarse mediante puentes levadizos que se accionaban desde el interior de la fortaleza. Así pues, Bernia resultaba prácticamente inexpugnable. Quien

pretendiera ganarla, tendría que rendirla por hambre, después de largo cerco.

No es que Bernia haya de asumir en este relato un protagonismo excesivo, pero nos ha parecido oportuno dedicar unas líneas a su descripción por razones de economía que, a la larga, agradecerá el lector. Todas las ciudades del reino de Verise —al que Bernia pertenecía— parecían cortadas por un mismo patrón, incluida Zemburg, la capital del reino. Así se evitará perder tiempo en repeticiones superfluas cuando el relato haya tomado palpitante interés e importe, sobre todo, mantenerlo vivo y que no se diluya con descripciones inoportunas.

Fuera del recinto urbano de Bernia no se alzaba otra edificación, en cuanto abarcaba la vista, que la que albergaba el molino de Gustav Essen, situado como a dos tiros de ballesta de la puerta sur de la ciudad, en la boca misma del valle.

Desde tiempo inmemorial, el primogénito de cada generación de la familia Essen heredaba el molino. Los restantes hermanos salían por el mundo en busca de trabajo o de fortuna, pues ninguno de ellos parecía sentirse inclinado a buscar en Bernia uno u otra. Tomaban el hatillo, el camino y el poco dinero que el heredero del molino pudiera darles, y desaparecían de Bernia por muchos años. Casi todos los Essen terminaban resolviendo su vida allí donde llegaran, porque eran gentes de fuerza y destreza tan proverbiales que, si a un vecino de Bernia se le encomendaba un trabajo que no estuviera al alcance de sus fuerzas o de su habilidad, se excusaba diciendo: «¿Te has creído que soy un Essen?».

Por los días en que se inicia este relato, Gustav Essen cumplía cuarenta y cinco años de trabajo y comenzaba a sentirse fatigado. Invitó por ello a Peter, el mayor de sus hijos, a hacerse cargo del molino, con idea de atender más de cerca a Odax, el menor, cuyo carácter difícil y retraído le tenía preocupado. Le tenía muy preocupado porque Odax

había nacido cuando Gustav contaba ya cincuenta años, y había sido para él más nieto que hijo, y más que nada un juguete para sus hermanos mayores, que le habían maleducado, no solamente consintiéndole todos los caprichos que se le ocurrían, sino también proporcionándole otros muchos en los que el tardío vástago de los Essen ni siquiera había pensado.

En un parvulario afecto al monasterio cisterciense de Bernia, un fraile joven desbravaba a algunos mozalbetes, enseñándoles historia sagrada, lectura y escritura. Odax vino a faltar a clase tantos días, aproximadamente, como los que había asistido. A pesar de todo, aprendió a leer con cierta soltura, a condición de que el amanuense que hubiese caligrafiado el libro tuviera la letra clara y no abusase de las abreviaturas (todavía no se conocía la imprenta).

A Odax le resultaba muy engorroso escribir con pluma de ganso, como se estilaba entonces, y letras y renglones le resultaban tan torcidos y desiguales como los surcos que trazaba con el arado cuando le pedía a alguno de sus hermanos, que estuviera arando, que le cediera la esteva por algunos minutos, para probar.

Con todo, lo que realmente preocupaba a Gustav Essen no era que Odax escribiese mal y con mucho trabajo, ni que supiese a medias los grandes relatos bíblicos —pues, de tanto faltar a clase, había perdido el comienzo de unos y el desenlace de otros—, sino su carácter abúlico, que le hacía estar, lo mismo en el trabajo que en cualquier otra ocupación, como si realmente no estuviera allí o como si tuviera la mente a ciento cincuenta leguas de distancia.

Le preocupaba asimismo el gusto que Odax sentía por la soledad. Odax era muy capaz de pasarse las horas muertas sobre el contrafuerte del muro del molino, tirando chinitas a los borbotones de agua que soltaba la esclusa, y hasta de estar mirando el agua, ensimismado, sin ni siquiera tirar chinitas. El más joven de los Essen podía desaparecer de madrugada por las sendas del bosque y regresar a media

tarde sin traer un mal talego de setas o un brazado de leña para la lumbre.

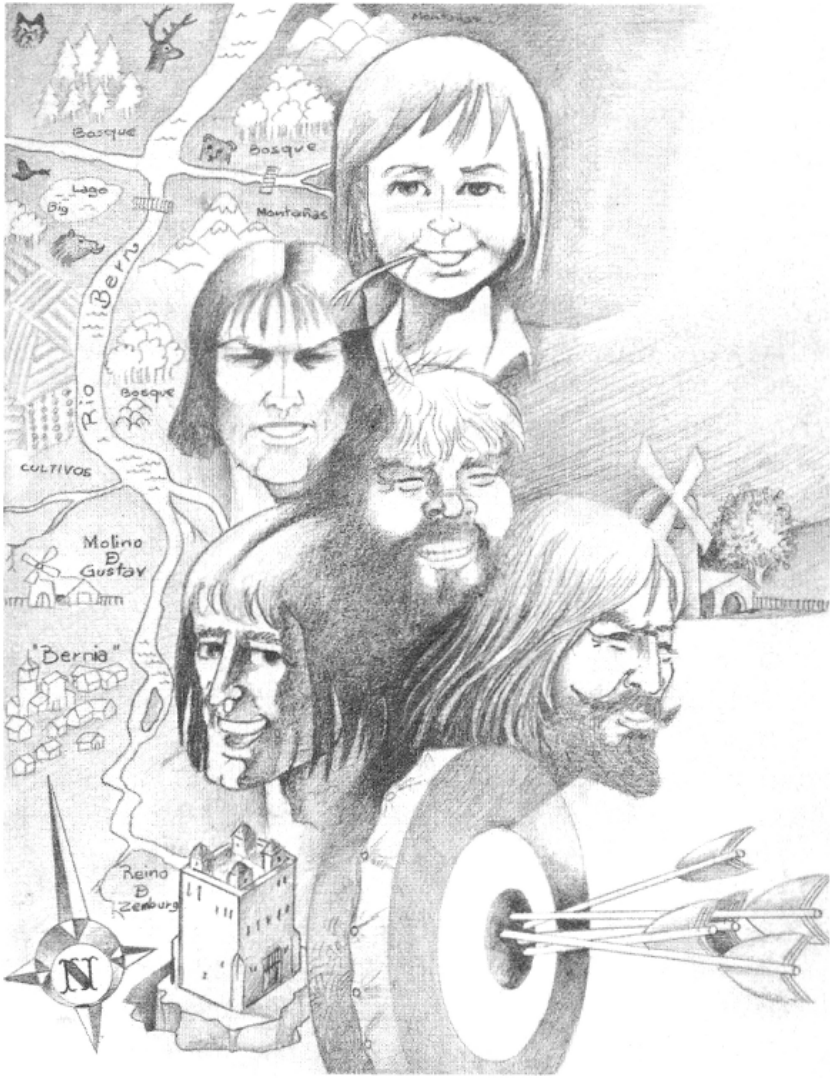
Sin embargo, Odax acataba sin la menor resistencia las órdenes que recibía, y si se le mandaba atender el molino mientras Peter almorzaba o trataba algún negocio con un cliente, Odax se preocupaba de que no faltase grano en la tolva, y de retirar la molienda al cernedor para que no se ahogasen las piedras. Tampoco abandonaba una tabla del huerto hasta dejarla perfectamente escardada, si se lo mandaban. Pero no salía de él tomar la iniciativa de escardar la contigua, aunque fuera preciso y a él le sobrasen fuerzas y tiempo para hacerlo.

Se preguntaba el viejo molinero qué pájaros de colores le habrían anidado en la mollera al mozalbete, y qué sería de él cuando tuviera que salir, mundo adelante, en busca de un trabajo con que ganarse la vida. Así pues, tan pronto se desentendió del quehacer del molino, Gustav Essen se propuso seriamente empeñar lo mejor de sus esfuerzos en acercarse a su problemático hijo menor y en adivinar por qué no se comportaba con la tradicional cordura de los Essen.

Gustav era un empedernido cazador y no mal tirador de ballesta. Muchas tardes salía al bosque y se hacía acompañar por Odax; buscaba ocasión de tratarle a solas sin que el mozo advirtiera la intención, y procuraba influir en su mente para que tomase gusto por alguna profesión o trabajo.

A los sesenta y cinco años, Gustav conservaba la vista y el pulso en excelentes condiciones y, en su primera salida con Odax, fue abatiendo, sucesivamente, una paloma torcaz, un gallo lira y dos ardillas, todo ello sin perder un dardo, pues cada pieza caía ensartada en el que Gustav disparaba.

—¿Quieres probar suerte? —le propuso a Odax.



Por toda respuesta, Odax se encogió de hombros. Pero tomó la ballesta, la montó y caminó delante de Gustav, atento a cuanto se movía a la altura de las copas de las hayas. Localizó un arrendajo en cuyas alas se marcaban caprichosos ajedrezados en vivísimo azul. Apuntó cuidadosamente y disparó. El ave se descolgó, inerte, con las alas entreabiertas.

—No puede decirse que haya sido un mal tiro, para un aprendiz —exclamó Gustav alborozado.

—No se trata de algo verdaderamente difícil —objetó Odax.

—Vaya si lo es. Muy pocos cazadores presuntuosos hubiesen colocado la flecha tan cerca del corazón de la pieza a semejante distancia.

—Todo se reduce a afinar la puntería y a sujetar la ballesta con firmeza —comentó Odax, restando importancia a lo que había hecho.

—Así es. Pero no resulta tan sencillo, créeme. Repite y lo comprobarás. Una vez será que la flecha roza una ramita una pizca, lo suficiente para desviarse y no acertar en el blanco; otra, que el viento mueve el posadero del ave; una tercera, que no se sujetó el arma con fuerza suficiente para aguantar el ballestazo. Y así sucesivamente.

Odax no había acertado por fortuna, como ocurre a muchos cazadores principiantes que cobran su primera pieza y no vuelven a cazar otra en muchas salidas. El menor de los Essen disparó contra una paloma zurita y contra una inquieta ardilla, y ambas cayeron atravesadas, sin que se produjera ninguno de los anunciados malos augurios.

—Compraré otra ballesta para ti y saldremos juntos de caza —anunció Gustav.

Odax no replicó. Nada tenía que objetar. Si su padre juzgaba oportuno comprarle un arma para que le acompañase en sus correrías de caza, Odax le acompañaría.

A la vista de la impasibilidad de su hijo, Gustav Essen se rascó el cogote, y se aseguró a sí mismo que la clave para penetrar en aquella extraña mentalidad estribaba en descubrir algo que realmente ilusionase al mozo. Pero no parecía sencillo pronosticar en qué pudiera consistir ese hallazgo.

Capítulo II

Aparece aquí un misterioso personaje cuya identidad se irá aclarando en capítulos sucesivos

AQUEL verano, de días perezosamente largos, calurosos y limpios, no se produjo otra tormenta que la que descargó por san Pedro, patrón de la ciudad. El chaparrón puso en desbandada a los habitantes de Bernia, que se habían reunido en la pradera del valle para culminar la fiesta de El Día Más Largo. Se habían celebrado allí torneos y competencias que habían dado lugar a cientos de divertidas peripecias, con espectáculos como la monta de potros cerriles, el tiro de la cuerda, la cucaña, las carreras de sacos y otros no menos jocosos y emocionantes. Se cerraba así la fiesta que se iniciaba la noche de san Juan y se mantenía en muy tenso tono durante cuatro días, casi sin respiro, pues el jolgorio comenzaba con la luz del día y se prolongaba, a la de hogueras y antorchas, hasta casi el amanecer del día siguiente, con lo que apenas quedaba tiempo para dormir.

El abúlico Odax había participado en numerosas competiciones, casi siempre con el mejor de los éxitos. En la primera de ellas, atado por los tobillos con una cuerda de esparto, se había lanzado, en salto espectacular, para atezar por el cuello a un hermoso ganso cebado, que disputaban los concursantes. Había trepado, seguidamente, por el tronco pelado y ensebado de una altísima haya, hasta

descolgar, de la mismísima punta, el banderín y la guirnalda de capullos de rosa y mirto que constituían el trofeo. Había roto, con los ojos vendados y al primer intento, la enorme orza colgada, llena de embutidos y golosinas, y había admirado a propios y a extraños clavando todas las flechas de su aljaba en el diminuto círculo rojo de la diana, tan apretadas que los penachos de todas ellas componían una sola flor de muchos colores. Con todo, el viejo Gustav no se mostraba envanecido por las proezas de su hijo.

—Es un Essen, y, quiera que no, no le queda más remedio que ser más fuerte y diestro que los demás —replicaba a los que trataban de halagarle.

Pudiera ocurrir también que Odax se hubiera esmerado en presencia de su prima Clara, que había llegado de Zemburg —la capital del reino— dispuesta a pasar una temporada con sus parientes, en Bernia, al parecer por razones de salud. Los físicos habían estimado que el clima de aquella región resultaría muy saludable para que Clara se repusiera de una dolencia no grave, pero sí larga, que había padecido aquella primavera.

Ulme, Franz y Stefan Essen —mayores que Odax, pero menores que Peter— habían partido no hacía mucho para Zemburg en busca de suerte, y la debían de haber encontrado, por cuanto no se había recibido ninguna mala noticia de ellos, ni se había sabido que hubieran tenido dificultades para abrirse camino. Pese a que la muy hermosa habitación que los tres habían ocupado en la vivienda del molino permanecía vacía, Gustav ordenó desocupar el cuarto en que dormían él y Elsa, su mujer, para que la invitada se alojara más cómodamente. Y también hizo enjalbegar la habitación con lechada de cal viva, pintar de azul añil el zócalo, y colocar en ella los mejores muebles de la casa.

Ni Peter, el mayor, ni Odax, el pequeño, tenían noticias de la existencia de la rama de parientes a que pudiera pertenecer la prima Clara, y resultaron extraordinariamente sorprendidos cuando observaron el aspecto que presenta-

ba la recién llegada, tan distante del de todos los Essen conocidos.

Clara era delicada como un lirio. Tenía los ojos grandes, luminosos, alegremente expresivos y del color de la miel; y la melena larga, cálidamente dorada, tan sedosa que se plegaba a la forma de los delicados hombros y se derramaba sobre la esbelta espalda como cascada de panes de oro. No tenía, en absoluto, aspecto enfermizo, y en la gracia de sus movimientos y en la risueña expresión de su semblante se advertía una vigorosa vitalidad, por encima de la palidez, levemente sonrosada, del cutis.

A Odax, la prima Clara le produjo una vivísima impresión. Nunca hubiera podido imaginar que existiese en carne y hueso persona con semejante encanto, y se dijo que sería hermoso dedicar toda una vida a servir, en cuerpo y alma, a criatura que, por sí misma, no porque alguien se lo hubiera otorgado graciosamente, poseía categoría tan elevada y tan seductor atractivo.

Es claro que de ninguna manera se hubiera planteado Odax trepar el largo y escurridizo tronco de haya, mondó y ensebado, si no hubiera sido para ofrecer a la prima Clara la guirnalda de flores que constituía el preciado trofeo. Durante el intento resbaló y perdió altura en varias ocasiones. Pero se propuso luchar con toda el alma y se clavó al tronco con uñas y dientes para que la prima Clara, y sólo ella, luciera la guirnalda de laurel, mirto y capullos de rosa que obtendría como premio.

A Odax le disgustaba mucho amadrinarse los tobillos como una caballería, y exhibirse grotescamente ante sus vecinos, brincando como una rana y cayendo al suelo como un cesto. Pero si a cambio podía ofrecer a la maravillosa criatura un ganso cebado —con cuyo hígado descomunal Elsa prepararía el más exquisito pastel que pudiera imaginarse—, la cosa cambiaba mucho. Por esta razón, no bien soltaron el ánsar, Odax saltó sobre él con toda la fuerza y la elasticidad de sus músculos Essen, y su manaza se cerró so-